



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEÓN



A nuestros Diocesanos

Afligido el corazón por los sacrílegos desmanes con que las turbas sectarias hacen de nuestras más bellas y florecientes poblaciones campos de batalla contra el Señor y sus fieles hijos, no podemos menos de comenzar esta pastoral exhortación anatematizando con toda la energía de nuestra alma el empeño satánico de ahogar por medios reprobados, violentos é injustos las manifestaciones espontáneas y pacíficas del espíritu cristiano, que en sus principios y tendencias llevan siempre por divisa el amor á Dios, fuente de todas las nobles aspiraciones del alma y la caridad para con el prójimo, raíz de todos los sacrificios y trabajos en favor de los hombres.

Los falsos declamadores y sofistas del siglo veinte, convencidos sin duda de la irrisoria flaqueza de sus aparatos doctrinales y científicos, desde sus antros tenebrosos empujan contra la Iglesia las heces hediondas del vicio para obligarla á retirarse nuevamente, si fuera posible, á las

catacumbas, en que la tuvieron cruelmente aherrojada sus predecesores de los primeros siglos. Obran así, porque la luz esplendorosa que de ella brota, pone de manifiesto la vergonzosa desnudez y deshonorosas manchas de sus perseguidores, los cuales esgrimen con saña odiosa el único ariete que en todos tiempos y lugares ha tenido el error para combatir á la verdad: la calumnia grosera ó la fuerza brutal que sientan á sus labios y á sus maneras mejor sin duda que el ropaje científico y la máscara de filosofía con que encubrieron por algún tiempo, la falta de virtudes y sobra de inmundas pasiones, con que se alzaron contra el reino de Cristo, *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* (1).

Ya, el año pasado, cuando por este tiempo os dirigimos nuestra palabra, advertíamos, aunque de paso, que este ha sido siempre el modo de proceder de nuestros enemigos, desde los Neronos romanos hasta los demagogos del día, sin que en este punto haya cambiado en nada la conducta del error y sus arterías infernales: disimular y mentir para que el golpe sea más temible cuanto menos esperado, y cuando el disimulo es imposible, la violencia y la persecución sanguinaria y brutal que no se detiene jamás ni ante las venerables canas del anciano, ni ante el candor del niño, ni ante la debilidad innata de la muger.

Los hechos recientes Nos relevan de probaros largamente este aserto que confirma la historia en todas sus páginas.

Pero si estos desgraciados acontecimientos, en cuanto son caracteres intrínsecos del error, no causan sorpresa por nuevos ni amenguan en un punto la fé en el triunfo de la verdad, que es eterna, no pueden menos de sobresaltar

(1) Joan. 49

las conciencias y darnos saludables avisos de gran provecho para despertar á los dormidos y estimular á los perezosos en la defensa de nuestras venerandas creencias.

Desde luego se vé que la osadía y audacia, de pocos años á esta parte, va creciendo de una manera amenazadora entre los impíos que de tal modo se atreven, ya no solo á desafiar descaradamente á los buenos en este solar de la virtud y de la piedad acrisolada, sino que por decirlo así, creen segura la victoria y cierto el triunfo cuando por cualquiera ocasión, por mínima que sea, no contentos con hacer alarde de sus perniciosas doctrinas, se empeñan en estorbar el ejercicio público de nuestros derechos y ahogar en algaradas y motines escandalosos las más sencillas manifestaciones del culto, con la desvergüenza además de calificar de provocadores y revoltosos á los que han pecado sin duda alguna de prudentes y pacíficos.

Mengua es esta que debiera teñir nuestras mejillas con el carmín de la vergüenza, si consideráramos seriamente la culpa que en este crecimiento del mal hemos tenido por nuestra tibieza, ya que debiéramos poner remedio eficaz é inmediato con nuestra conducta fervorosa.

Pensar que en nuestra patria el nombre de cristiano es común y general, decir que cualquiera persona honrada se siente herida si se la regatea el título de fiel y piadosa y contemplar por otra parte el mal creciente y el enemigo envalentonado, misterios son que no pueden explicarse satisfactoriamente si no se tiene en cuenta el modo de pensar y de sentir que insensiblemente se vá apoderando de las almas; misterios son que no se comprenden sin penetrar el fondo de las conciencias y ver la menguada idea que de sus deberes tienen la mayor parte de los cristianos y si no se observa que bajo una tintura de cristianismo y piedad, se oculta un corazón completamente ajeno á los más rudi-

mentarios principios de un discípulo del Salvador de los hombres.

«*Si fuéseis del mundo*, decía Jesús á sus apóstoles, *el mundo os aplaudiría* (1) *pero como no lo sois, el mundo os perseguirá como á mí me ha perseguido*; pero los cristianos de hoy no llegan á entender la verdad que se encierra en estas palabras, y se empeñan obstinadamente en que la luz y las tinieblas pueden unirse cómodamente y que Jesús y Belial pueden darse un abrazo de amigos que junte en uno los placeres de la carne y las angustias del Calvario, los desórdenes del mundo y las inefables dulzuras del cielo. Por esto los vemos condescendientes y tímidos en presencia del error sin atreverse por otra parte á volver las espaldas á la verdad; contemporizando con el mal y sin querer desprenderse del bien, ni manchar sus almas con la injusticia; débiles y cobardes ante los verdugos y tiernos y compasivos ante la victoria, temiendo perder la amistad del César y horrorizándose ante la condenación del inocente para terminar ordinariamente, como nuevos Pilatos, firmando la sentencia de muerte contra el Justo.

Cuando pensamos que Jesucristo ha dicho, *Yo me avergonzaré delante de los ángeles del cielo de aquel que se haya avergonzado de mí delante de los hombres*; (2) no podemos menos de temer por la mayor parte de los cristianos del día que con lamentable indiferencia abandonan el campo á los enemigos de Cristo y no tienen jamás tiempo de dar, cuando es tan necesario, público testimonio de su fé, la cual parece en nuestros días, y con razón pueden gloriarse de ello nuestros enemigos, privativa de piadosas mujeres que más valerosas y decididas que los hombres

(1) Joan. 15, 19.

(2) Luc. 9, 16.

desafían, como nuevas Verónicas, las iras de los sayones y la crueldad de los verdugos para limpiar con sus tocas el rostro ensangrentado y herido de nuestro Salvador.

En los actos más solemnes del culto, en las procesiones principalmente, en esas manifestaciones de nuestra fé, en las que por caballerosidad é hidalguía por lo menos, debiéramos, en nuestros días sobre todo, formar los hombres, como escuadrón disciplinado, para contener á los atrevidos, para proteger á los débiles, para evitar las profanaciones y sacrilegios, para dar en fin una muestra de su valor y piedad, es triste, verdaderamente triste y desconsolador, contar el escaso número de cristianos fervorosos que se atreven á desafiar las burlas necias y hacer pública profesión de su doctrina.

Y sin embargo, ellas son, como llevamos dicho las más hermosas expresiones del culto cristiano, la más grande exaltación de nuestro Dios misericordioso, el más sentido homenaje y tributo de gracias con que proclamamos la eterna soberanía y supremo dominio de la Majestad infinita en presencia de los hombres y de los ángeles, de la tierra y de los cielos que, como obra de sus manos, toman parte en nuestras bendiciones y alabanzas, enalteciendo con sus voces las grandezas del Señor y cantando en expresión del Profeta, *su gloria sin término* (1).

La saña con que el infierno las persigue y el satánico encono con que los sectarios se levantan contra ellas, dicen bien claramente cuán grande es su significación y trascendencia y cuánto deben contribuir al aprovechamiento y mejora del pueblo cristiano. Jamás el enemigo se irrita y enfurece por aquello de que no puede temer graves males y aun cuando hipócritamente quieren manifestar que se

(1) Ps. 18, 1.

burlan ó desprecian estas solemnidades del culto católico, bien pronto la cólera y el despecho les obliga á dejar sus aires compasivos para revolverse irritados contra estas esplendorosas brotes del sentimiento cristiano que, así como no han podido ser jamás igualadas por ninguna otra religión, así no pueden ser tampoco reemplazadas con ningún otro género de ofrendas que á Dios se dirijan y encaminen. Ellas levantan el corazón cristiano hácia los bienes eternos porque suspira; ellas proclaman el reinado de Cristo sobre las sociedades y sobre las naciones; ellas recuerdan sobre todo los beneficios que de la mano poderosa del Señor á todas horas recibimos; ellas excitan y avivan la fé y el agradecimiento en las almas y el amor en los corazones fervorosos con el recuerdo de las grandes misericordias del Señor; ellas finalmente son como llamamientos divinos á favor de los cuales la gracia penetra en almas extraviadas y los remordimientos se levantan en las conciencias descuidadas y perezosas, para que saliendo del sueño de muerte en que yacen, se levanten con un arranque generoso y exclamen llenos de fortaleza como el Hijo Pródigo (1) «*surgam et ibo ad patrem meum*» me levantaré é iré á mi padre inícuamente abandonado; me levantaré y volveré á la casa en que me rodeaban sus brazos cariñosos y me protegían sus tiernísimos afectos y enjugaré aquellas lágrimas que por tanto tiempo han llorado mi extravío.

Nada en verdad puede haber más desagradable ante los ojos de Dios que esta ingratitud y olvido en que las almas le dejan, nada que sea más amargo para su corazón de padre que esta indiferencia y frialdad para sus intereses santos: *filios nutriti et exaltavi, ipsi autem spreverunt*

(1) Luc. 15, 18.

me: (1) *hijos crié y engrandecí, pero ellos me han despreciado y tenido en poco*, dice por el Profeta con dejos lastimeros de amargura que debieran penetrar en lo más hondo de nuestro corazón y obligarnos á considerar nuestra conducta indigna y reprobada ante las maravillas eternas de su amor y misericordia.

Pero esta consideración merece que nos detengamos un momento para fijarnos en ella más cumplidamente.

II

Dentro de pocos días comenzará el Adviento y nuestra Santa Madre la Iglesia, llena de esperanzas por la próxima venida de Nuestro Adorable Salvador, repetirá con júbilo por boca de sus sacerdotes las aspiraciones vehementes de los profetas, clamando en sus ceremonias sagradas *«Ven á librarnos oh Señor Dios nuestro; descubre tu rostro y seremos salvos.»*

Tiempo es este, muy amados hijos nuestros, en que, obedeciendo la voz del Apóstol, debemos levantarnos, con diligencia del sueño en que el mundo y las pasiones nos detienen para trabajar más activamente en la gran obra de nuestra santificación y, aunque no hubiera, como hay desgraciadamente, otros motivos, salir al encuentro de las misericordias divinas preparando nuestras almas para recibir dignamente al Dios de amor y caridad que como el Buen Pastor del evangelio, viene solícito á través del desierto de este mundo á buscar las ovejas perdidas y volverlas sobre sus hombros al redil del cielo en donde esperamos nuestra bienaventuranza.

En la ocasión presente, ante las defecciones de nuestra cobardía y los desmayos de nuestra flaqueza, resaltará de

(1) Isai. 1, 2.

un modo mas esplendoroso este beneficio incomparable de Dios que *de tal manera amó al mundo (1) que entregó á su Unigenito por la salvación de los hombres.*

A la luz de este misterio y en presencia del Verbo hecho carne, pobre, desvalido y humilde en el establo de Nazaret, el recuerdo de las obras del Señor nos llevará ciertamente á considerar aquella eterna grandeza que desde los albores de su gloria tiende una mirada compasiva sobre nuestra desgracia, decidido á detener la carrera desatentada por donde el mundo camina á su perdición eterna. El se viste de nuestra naturaleza para salirnos al paso en traje de amigo y hermano y conversa con el hombre para adoctrinarle y fortalecerle y se abraza por último con la cruz sangrienta en que, sediento de amor, entrega su alma por la redención de sus hermanos para que lo que estaba muerto por la culpa viva en adelante con la gracia.

Si algún noble sentimiento queda en el corazón humano y hay en el mundo cosa alguna capaz de excitar nuestro reconocimiento, jamás ciertamente encontraremos ocasión más oportuna para demostrarlo, respondiendo así á los deseos de nuestra Santa Madre la Iglesia y secundando el fin que se propone en la solemne celebración de este aniversario glorioso.

Quid est quod ultra debui facere vineae meae et non feci ei? (2) Qué otra cosa, dirá el Señor por el Profeta, pude hacer en mi pueblo y que mayor prueba de mi cariño pude darle para ganar su corazón y merecer su fidelidad y correspondencia? *La caridad de Cristo*, dice el Apóstol, (3) *nos fuerza á que vivamos, no para nosotros, sinó para aquel que por nosotros murió y ha resucitado.*

(1) Joan. 3, 16.

(2) Isai. 5, 4.

(3) 2 ad Cor. 5, 14 et 15.

Deudores somos en verdad á Cristo por tantos títulos y tan sagrados, ya naturales, ya más que todo sobrenaturales de amor y reconocimiento que aun cuando gastáramos nuestras fuerzas en servirle, nuestro vigor en alabarle y todas las energías de nuestro espíritu en agradecerle, siempre podríamos con verdad decir *«servi inutiles sumus; (1) somos siervos inútiles, no hemos hecho más que nuestro deber,* y aun esto con tanta cortedad y miseria, con tanta desventaja y limitación cuanto va de la tierra al cielo y de la vida deleznable y perecedera á la vida eterna y substancial que estuvo reservada en el seno del Padre, hasta que se nos reveló para nuestra eterna bienaventuranza. Solo el olvido de estas verdades manifiestas ha podido traer al pueblo cristiano á tal estado habitual de negligencia y abandono en sus deberes para con Dios, así como un recuerdo vivo despertará naturalmente en el alma fervientes deseos de corresponder á tan señaladas pruebas de caridad y ternura.

La ingratitud es la más innoble y vergonzosa pasión del espíritu ante Dios y ante los hombres y jamás anidará en un corazón que procura volver los ojos para mirar la mano bienhechora de quien en todo momento recibe favores y beneficios.

Este es, por tanto, *el tiempo aceptable, el día de salud* en que desde el fondo del alma podemos volvernos al Señor, enderezando los torcidos caminos de nuestras pasiones y haciendo penitencia para merecer que el reino de Dios y su justicia venga á descansar en nuestros corazones.

El espíritu cristiano va decayendo sensiblemente en los individuos y en las familias, en los pueblos y en las ciudades, porque es natural y consiguiente que el Señor abandone y se aleje de aquellos que ingratamente le van

(1) — Luc. 17, 10.

olvidando y apartándose de su ley santa. Volvamos á él y le veremos como amoroso padre salirnos al encuentro para celebrar nuestra conversión y hallazgo con jubilosa fiesta y alegres festines en que nuestro espíritu gozará anticipadamente las delicias del cielo en medio de la paz y dulzura, que no es la paz y dulzura falsa del mundo, sino el don de Dios que supera á todas las grandezas de la tierra.

¿Para cuándo hemos de guardar nuestros afectos de hijos y á cuándo hemos de esperar á poner remedio á nuestros males sino ahora que el Verbo de Dios, viene á nosotros, como la lluvia benéfica desciende sobre el vellón y como el rocío fecundante cae sobre la tierra, para enriquecernos con todos los dones de lo alto? ¿Para cuándo guardamos nuestra gratitud y reconocimiento si no las mostramos en estos dias en que el cielo se abre á nuestras plegarias y las nubes llueven al Justo que nos hará vivir con nueva y más copiosa vida, arrancándonos de las garras de la muerte y del pecado?

Cuando el pueblo de Israel guiado por Josué hubo pasado el Jordán, cuyas aguas detuvieron su curso para darle camino seco, *escoge*, dijo el Señor á Josué (1) *doce varones uno de cada una de las tribus y mándalos que cojan cada uno una piedra del lecho del rio en donde han estado los sacerdotes y las pondreis en vuestros campamentos á donde quiera que llegueis*, y habiéndolo así hecho añadía el Caudillo; (2) *cuando vuestros descendientes os pregunten algún día ¿Que significan estas piedras? les diréis: á pié enjuto pasó Israel el rio Jordán cuyas aguas secó el Señor Dios nuestro delante de nosotros como lo había hecho antes en el mar Rojo, para que todos los pueblos de la tierra*

(1) Joan. 4, 3.

(2) Ibi. v. 21.

conozcan la fortaleza del Señor y vosotros temais al Señor en todo tiempo.

Así también vosotros, amados hijos, al recordar hoy á la voz de la Iglesia aquel faustísimo día en que el Verbo del Padre se digna descender á la tierra y el mundo pásase de su esclavitud y servidumbre á la libertad y señorío y el camino de la dicha queda libre y desembarazado para los hombres por la infinita misericordia del Señor, cantad también sus grandezas y narrad á todos los vivientes sus maravillas para que ellos también le alaben, y no os sean pesadas las piedras de la mortificación, ni el trabajo del ayuno con que habeis de disponer vuestras almas, sino que os sirva de recuerdo vivo y perenne de la protección paternal del cielo y estímulo de gratitud que os mueva á proclamar eternamente sus misericordias.

Si este misterio de amor no basta, muy amados hijos, para despertar vuestros corazones, si este beneficio no enciende en vosotros la llama de un agradecimiento verdadero, si no os estimula á vivir para Cristo por el cual habeis tenido verdadera vida, despojáos del nombre de cristianos que profanais con vuestra tibieza y renunciad á la gloria que se encierra en sus promesas y merecimientos infinitos; el nombre mismo que lleváis será vuestro mayor traidor y verdugo, y las gracias con que fuisteis adornados, la mayor vergüenza de vuestra eterna desdicha.

La Iglesia ha querido por esta razón poner delante de nuestros ojos en este santo tiempo no solo la Natividad y venida de nuestro Señor Jesucristo, como Salvador del hombre y Redentor del mundo, no solo aquella venida en que es enviado por su Padre, no para juzgar sino para redimir, sino también aquella otra venida en que lleno de majestad y de gloria vendrá á pedir cuentas de sus gracias y talentos que distribuyó largamente entre los hombres al volver á la

gloria de Dios para tomar posesión del reino que con su fortaleza había conquistado. ¡Ay de aquél cuyos afanes no hayan respondido á las liberalidades del Señor, y que perezosos ó descuidados abandonaron neciamente el negocio de su alma! Sobre ellos caerá la terrible sentencia del siervo infiel que le arrancará para siempre la esperanza de entrar en el gozo del Señor y vivir en la celestial Jerusalén preparada para los elegidos. Inútil será entonces atormentarse con el recuerdo de los pasados días y esclamar con la desesperación del condenado: *ergo erravimus*; las esperanzas del pecador se verán desvanecidas como el humo y solo le quedará el eterno remordimiento de su pecado.

Para prevenir, nuestros amados hijos, estos arrepentimientos tardíos y estériles, seguid en estos días con sumisión las exhortaciones de la Iglesia y preparaos á celebrar las solemnidades próximas con pureza de conciencia y ardor de caridad, dando gracias al Señor por sus beneficios; porque *digno y justo es*, como canta la Iglesia, agradecer eternamente al dador de todo bien los regalados afectos de su paternal providencia y responder con lo poco que tenemos á lo mucho que el Señor generosamente nos concede.

Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi? ¿Qué podré yo ofrecer al Señor, dice el Profeta (1), por tantos beneficios como me ha hecho? y esta pregunta debería hacerse todos los días el cristiano, y principalmente cuando pone los ojos en estos misterios de infinita misericordia, para excitar hondamente los afectos de su corazón y rendirse ante el divino acatamiento, abrumado por tantas bondades.

Solamente Dios sería capaz de comprender y agradecer debidamente estos favores y para que á nuestra flaque-

(1) Ps. 115, 12.

za no le faltara este consuelo en su orfandad, el mismo Dios quiere quedarse con el hombre y hacerse, en cierto modo, carne de su carne y sangre de su sangre para que realzada la pequeñez humana con la grandeza divina, nuestras acciones de gracias pudieran merecer llegar hasta el trono de los cielos.

Nuestro Divino Salvador, generoso y magnánimo en todas sus obras, no se contentó con vivir entre los hombres y morir por su salud, sino que en medio de nosotros quiso permanecer para unirse todos los días íntima y tiernísimamente con nosotros por esa adorable invención de su caridad infinita que llama Santo Tomás, *el más grande de los milagros del Salvador, en el cual se comprende y encierra todo el misterio de nuestra salud, todos los esfuerzos de la bondad divina en beneficio del hombre, todas las larguezas de su amor y liberalidad*, y al cual llama San Juan Crisóstomo: *Divinae Incarnationis extensio, extensión de la Encarnación divina*.

El mismo Jesucristo quiso declararnos este misterio de amor cuando nos dijo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él* (2); *así como mi Padre me envió y yo vivo por el Padre, así el que me come, vivirá por mí; este es el verdadero pan que ha descendido del cielo*.

Para agradecer, pues, debidamente los beneficios del Señor y devolverle ofrendas dignas de su misericordia y grandeza, según los deseos del Salmista, *behamos el cáliz del Señor*, por el cual creceremos tanto en dignidad y esplendor delante del cielo cuanto puede crecer y brillar la naturaleza humana incorporada, por repetir la frase de San Juan Crisóstomo, al Verbo divino, *esplendor del Padre y*

(2) Joan; 6, 57, 58 y 59.

figura de la substancia divina, para que presentados con este ropaje de realeza seamos dignos hijos del Rey de la gloria y lleguemos á disfrutar de aquella unión que Cristo anhelaba cuando decía; *que todos sean unos, como tú y yo lo somos; y ellos en nosotros sean igualmente una misma cosa.*

Bien sabemos, y esto llena de consuelo nuestro corazón, que en la mayor parte de los pueblos de nuestra muy amada Diócesis, los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión son frecuentados en este tiempo de Adviento y sería nuestro deseo que todos los fieles se preparasen tan dignamente para celebrar las venideras solemnidades, que todos se presentaran en la presencia de Jesús con las vestiduras de la gracia á fin de que su mano bondadosa les colmara de bendiciones y á todos alcanzara la gracia de que el Divino infante pudiera reposar en su seno tranquilamente y hacer templo de todos los pechos cristianos en el día de sus misericordias; no escatiméis, amados hijos, estos obsequios al Señor que siempre sabe excedernos en generosidad y largueza; antes buscadle con todas las ansias del ciervo sediento que corre á la fuente de aguas puras y os sentiréis renovados y ennoblecidos por la fuerza divina que inundará vuestro ser, como el sol inunda con sus rayos el mundo entero, *porque el que se acerca al Señor, se hace un solo espíritu con Él*, dice el Apóstol (1) y el que llega á ser penetrado por la gracia divina sentirá en su corazón raudales de virtudes que elevan hasta la vida eterna.

Dios quiso unirse al hombre por medio de su Verbo y quiere que por Él mismo los hombres volvamos á Él; abracémonos estrechamente con Jesús que es nuestra vida en el Sacramento del altar, para que muertos al pecado, vivamos solamente para Jesucristo.

(1) ad Cor. 6, 17.

Dilectus meus mihi et ego illi (1) mi amado para mí y yo para mi amado, dice la esposa de los cantares, *yo amo tanto á mi Dios* (añade San Bernardo), *como Él me ha amado á mí en proporción con mi debilidad y mi miseria; Él para mí y yo para Él; porque es benigno y misericordioso, yo porque soy agradecido; Él me dá la gracia de pura voluntad y yo le entregaré la mía; Él me dá la libertad, yo miraré por su honor; Él cuida de mi salud, yo haré siempre su voluntad; Él todo para mí y no para otro, yo todo para Él eternamente.*»

Estos deben ser muy amados hijos nuestros sentimientos en presencia del Salvador que busca nuestras almas y estos serán como lo esperamos por la gracia del Señor, para que en el día de su Natividad dichosa, merezcáis las bendiciones que los ángeles prometen á *todos los hombres de buena voluntad*, como lo pide vuestro Prelado que os bendice en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

León, 18 de Noviembre de 1903.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,
Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.

Esta Carta Pastoral será leída al Ofertorio de la Misa en los dos primeros días festivos, inmediatos á su recibo.

(1) Cant. 2, 16.



D. Juan Balanzategui y Olarte, Pbro., Beneficiado de esta Santa Iglesia Catedral y Delegado general de Capellanías y fundaciones pías de la Diócesis de León por nombramiento del Excelentísimo é Ilmo. Prelado, etc.

Hace saber: Que en cumplimiento de lo dispuesto en el Convenio últimamente celebrado con la Santa Sede y publicado como ley del Estado por Real decreto de 24 de Junio de 1867 sobre el arreglo definitivo de las Capellanías colativas de sangre y otras fundaciones piadosas de la propia índole, y principalmente en la parte á que se refieren los artículos 12 y 13 y los 34 y 35 de la Instrucción acordada entre el M. R. Nuncio Apostólico y el Excmo. señor Ministro de Gracia y Justicia para llevarle á debida ejecución, esta Delegación está instruyendo el oportuno expediente promovido por D. Dámaso Chamorro Trapote, vecino de Villar del Yermo, para la conmutación de rentas de la Capellanía que con el título de Nuestra Señora de la Concepción, está fundada en la parroquia de Villar del Yermo y hoy se halla vacante por defunción de D. Vicente Prieto, su último poseedor.

Por tanto, en virtud de este edicto, cita, llama y emplaza á los encargados del patronato activo, á los interesados en el pasivo y en general á todos los que se crean con derecho á los bienes que constituyen la enunciada Capellanía para que en el término de treinta días contados desde esta fecha comparezcan en dicho expediente á exponer el que creyeren convenirles, bajo apercibimiento de que pasado este plazo se procederá, sin su audiencia, á determinar lo que corresponda parándoles el perjuicio que hubiere lugar. Y para que surta los efectos consiguientes por acuerdo de esta misma fecha he resuelto librar el presente que se fijará en las puertas principales de las citadas Iglesias y se insertará en los Boletines eclesiástico del Obispado y oficial de la provincia.

Dado en León á 14 de Noviembre de 1903.—Juan Balanzategui.

Asociación de SUFRAGIOS MUTUOS del Clero de la Diócesis.

Núm. 12.

El día 9 del actual falleció el Pbro. D. Nicasio Diez, Párroco de Velilla de Guardo, y habiéndose hecho constar que pertenecía á la Asociación, y por certificado del Sr. Arcipreste, que tenía aplicadas las Misas, todos los asociados celebrarán por él la de Reglamento.